

Habituales nocturnos

Daniela Mejía Alarcón
dansmejia@gmail.com

Grillos

Como si la pudieran palpar las yemas de mis dedos. Todavía recuerdo la mancha negra en la blanca pared. El repelús que me subía desde las plantas de los pies y se irradiaba hasta la punta de mi lengua. Era en toda la piel. Nada me producía más repugnancia que aquel diabólico juego. Aquella sombra que rechinaba y que, en cualquier instante, podía alterar su simulada pasividad; también quebraba la mía. Como una señal maligna, signaron mi destino; eran siempre otros los que, como una indeseable hiedra, buscaban colonizar lo ajeno. Y lo conseguían; ni siquiera era necesaria la fuerza. Cuando menos lo esperaba, lo podía tener encima, al que se atreviera —de entre la miríada que son, siempre habrá el que se atreva. Y aquella posibilidad era peor que cualquier pesadilla; son seres de hábitos nocturnos. Como nocturna era su certera impredecibilidad. Nada volvió a ser igual desde la noche en que aparecieron; era la temporada de lluvias. Llegaron con su canto, atraídos por mi luz, y ya no abandonaron su lugar en mi pared. Estuvieron ahí cada una de mis noches,

durante ese tiempo. Bajo las sábanas, apretando los puños, implorando que sucediera rápido, yo esperaba, simplemente. Esperaba que alguno saltara, se me posara encima. Esperaba porque sabía que pasaría. Porque tenían alas. Pero no volaban; al menos no les era propia aquella majestuosidad; tal era, ciertamente, su inferioridad. Pero saltaban, sí, saltaban con una desconcertantemente brusca sigilosidad. Y su torpeza. Y entonces aquella mancha negra reposaba ahora sobre mi cuerpo, deslavado hasta la misma palidez de la pared. Era idéntico el asco que sentía por ambos especímenes, aunque su daño no, no era el mismo, no era igual. Ante unos, yo podía mínimamente actuar; quitármelos de encima, sacudirme. Pero con el otro era la inmovilidad y hasta un grado más. Porque lo único que podía, una vez que se había arrojado hacia mí, era constatar su triunfante chirrido propagarse en la oscuridad, la condición indispensable para que el valor le brotara del tímpano de la tibia, para el despliegue de su pestilente instinto; y a su venenosa cápsula adherírseme y chorrear hacia mi pelvis desde el repositorio de mi ombligo. Allí vomitaba, precavidamente, todas las veces su viscosa descarga —yo tenía doce años, él veintisiete. Por eso me aplastaba con su abdomen y me paralizaba con sus agrandados fémures. Una vez leí que la longitud de onda de su canto es parecida a la distancia de nuestros oídos —por eso no es fácil localizarlos por su sonido. Aunque nítidamente lo escuches, aunque incluso cuando ya se hayan ido te pases el resto de la noche escuchándolo. En la pared a la que vuelven a ser la mancha, la sombra. Desde donde vuelven a caer.

Lagartijas

El chasquido repentino en las escaleras me detiene, me descuelga.

Viajo hacia atrás, como la flecha disparada a ciegas; trepo en círculos, descendiendo, cuando creía estar ya a medio ascenso. Voy, vuelvo. No entenderé pronto dónde estoy cuando ya haya vuelto.

Porque todavía no es la muerte.

Porque mis ojos siguen reposando en dos peceras frías, todavía.

109

Una nueva ronda de chasquidos me trae de vuelta; su profunda brevedad se afila en mis piedras. Y aún no será; sigo árida. Todavía no recobraré que he tenido todo el tiempo el agua colgada en los cilios de mi espalda.

Únicamente vuelvo a pensar lo que siempre me ha parecido: que el chasquido suena como cuando golpeas contra un cristal una moneda.

Gusanos

Su boca

fue un grito

endemoniado

saliéndose de las tripas,

retorciéndose

como ciento siete gusanos

brotando de la tierra húmeda

de mis ciento siete metros

cúbicos de solución salina;

la luna estaba insomne:

fueron 107 las noches. El silencio

ya no aparecía bajo la lupa

de la que mis ojos,

como nuevos anillos, nacían.

Lo que ha quedado:

ciento ocho noches

y un cuerpo segmentado,

ahora en

ciento nueve partes.

Moscas

Estaba en el cuarto
del hotel,
no esperaba a nadie.

Colgué el cartel
de «No molestar»;
igual pedí que no
me pasaran mensajes.
Llegué sin equipaje.

Pero apareció
sin anunciarse.

Dio vueltas
por la habitación.

Abrí el vidrio.
Aunque le pedí
que se fuera,
la conduje;
no lo hizo.

La imité.

Me quedé turbia,

fija, muy quieta.

Ya todo se había alterado,

de todas maneras.

Cuando amaneció,

ella seguía también

apoyada en la barandilla;

entraba un ligero aire,

estimulante.

112

La ventana se había quedado

la noche abierta.

Ya no era la noche negra,

asfixiante, espesa.

Polillas

Hoy me volví a mirar.

Reparé en mi espalda reflejada
en el espejo de bordes azules.

Mientras, contra el foco,
batiéndose, ella se suicidaba.

Se terminó,
como el hilo dental.

113

Valientemente hacia la luz,
falso cielo, encaminada.

Se golpeaba, se golpeaba.

A mis pies, cayó.

Como el pétalo
de un ramillete de papel de seda.

Descendió débil.

Como un astro,
su rostro blanco.

Hoy todo lo que fue principio,
también fue final.

A la fuerza me obligo
a perder, soltar.

Daniela Mejía Alarcón

Guayaquil, 1990. Periodista y escritora. Magíster en Literatura con mención en Escritura Creativa por la Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador. Ha publicado artículos y reportajes en revista *Mundo Diners*, *Edición Cienonce*, diario *El Universo*, *Mongabay Latam* y *El Cronista* (Argentina).